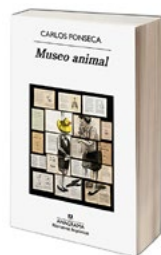


Museo animal

Carlos Fonseca. Anagrama



Giovanna Luxemburgo es una diseñadora de moda fallecida a los cuarenta años. Algunos años antes, había propuesto organizar una muestra al narrador de *Museo animal*. Pese a que esta nunca tuvo lugar, el fallecimiento de Luxemburgo, junto con el hecho de recibir un archivo de su parte, llevan al narrador a indagar en la misteriosa vida de la artista. Así recalca en la historia familiar, la del judío Yoav Toledano y la norteamericana Virginia McCallister, viajeros permanentes, en constante cambio de identidad (los nombres en *Museo animal* son antes que nada máscaras que se asumen y cambian con la misma velocidad).

Narrada en primera persona, contando acontecimientos que se despliegan a lo largo de cuarenta años, *Museo animal* es una de esas novelas que proponen una búsqueda del absoluto que es al mismo tiempo una exploración acerca de la verdad. Podemos recordar desplazamientos como el de Flore Tristán o el de Antonin Artaud, cada uno en búsqueda de lo esencial, cada uno con cierto parentesco con lo planteado en la novela. Pero si los recordamos, del mismo modo en el que el narrador menciona a Alexander von Humboldt, será para marcar cuánto ha cambiado el sentido que se le da al viaje. A fines del siglo XX y comienzos del nuevo milenio, el viaje ya no puede ser concebido como un absoluto, ni tan siquiera la promesa de este. Antes bien, el viaje no puede llevarse a cabo si no es con la conciencia de que la unidad es imposible, lo fragmentario es la constante, el desplazamiento no posee sentido alguno.

Desde luego, *Museo animal* es una novela fruto de su tiempo, en la que se percibe la lectura, muy bien metabolizada, de autores como W.G Sebald, Don DeLillo, a los que yo añadiría Max Frisch. Ahora bien, es una ficción que reclama un horizonte latinoamericano, desde el momento mismo en el que explora el espacio del continente, no solo físico —desde los Estados Unidos hasta los bosques tropicales—, sino también

sus fisuras o grietas históricas y sociales. Vista a partir del prisma de la novela latinoamericana, *Museo animal* manifiesta, a mi entender, la sombra de tres maestros: Juan José Saer, Ricardo Piglia y Roberto Bolaño. De los tres autores, Fonseca ha aprendido, con solvencia y originalidad, el cuidado en la forma; la necesidad de expresarse con un lenguaje medido y a la vez sugerente. No obstante, de cada uno, y a su manera, se ha impregnado de esa ferviente vocación no tanto por representar lo latinoamericano, tal y como ocurrió con varios escritores precedentes, como de inventarlo a partir de la literatura. Poco importa si se escribe desde el realismo cuando la conciencia de la ficción reúne y separa, describe y metaforiza: de la novela total al mosaico absoluto.

Sin necesidad de ser clarividente, podemos decir que *Museo animal* cristaliza a la vez que anuncia la nueva novela latinoamericana. Mientras muchos anuncian la crisis de la novela, la ficción de Fonseca demuestra lo contrario. Con sus poco más de cuatrocientas páginas, *Museo animal* es la alegoría del mundo de hoy, donde las ideologías, las ilusiones y las utopías se derrumbaron en beneficio de los relatos, los hologramas y los *fake news*. El viaje, en ese sentido, reducido al nomadismo, el arte sometido a una mueca grotesca, y la familia como una cicatriz dolorosa delinear un desencanto que, pese a todo, también es lucidez. El hecho de que una novela nos abisme de esta manera en una verdad literaria tiene mucho de arriesgado y auténtico.



FÉLIX TERRONES